

Del trabajo al centro cultural. La Universidad Popular Mexicana (1912-1920) y su papel en la construcción del “nuevo ciudadano”.

Claudia Carretta-Beltrán

Departamento de Investigaciones Educativas
CINVESTAV-IPN

Prepared for delivery at the 2003 meeting of the
Latin American Studies Association,
Dallas, Texas, March 27-29, 2003

I. Puntos de partida.

Las acciones desarrolladas por José Vasconcelos desde mediados de 1920, cuando se incorporó como funcionario educativo del gobierno de Adolfo de la Huerta y de Álvaro Obregón, han sido analizadas en varios trabajos historiográficos mexicanos como parte aguas de la vida educativa y cultural de México. Estos análisis han construido una zanja entre el “viejo régimen” y el “nuevo régimen” (éste último identificado al “triunfo de la revolución mexicana”). El discurso pronunciado por Vasconcelos durante la toma de posesión como rector de la Universidad Nacional y jefe del Departamento de Educación y Bella Artes parece haber tenido tal fuerza que, hasta finales de 1980, las actividades desarrolladas bajo su gestión como jefe del Departamento y posteriormente como ministro de la Secretaría de Educación Pública continuaron siendo interpretadas por muchos historiadores mexicanos como radicalmente innovadoras en el campo de la política educativa y cultural del país. Susana Quintanilla señala que “en su afán por glorificar los logros de la Revolución, de establecer los linderos entre lo ‘auténticamente revolucionario’ y aquello ligado al espíritu, los preceptos, el sentir y los hombres del antiguo régimen, la historia ha sido injusta [...]. Se ha hablado hasta el hartazgo de la gestión de José Vasconcelos en el Departamento Universitario, del impulso y el nuevo sentido a la educación [...]”.¹ Es a partir de la década de los noventa cuando la historiografía mexicana empezó a reconocer el impacto del “antiguo régimen” en las decisiones educativas de la etapa posrevolucionaria, así como la importancia las labores de las instituciones culturales activas durante la etapa armada de la revolución. Una de estas instituciones es la Universidad Popular Mexicana.

Las representaciones que los intelectuales, funcionarios, académicos y artistas participantes de la Universidad Popular Mexicana construyeron de los obreros y de los sectores populares de la Ciudad de México, influyeron en las decisiones para el diseño e implementación de políticas educativo-culturales. Desde esta institución se impartió educación de manera no formal, sin seguir programas educativos definidos y sin otorgar a sus asistentes títulos o grados académicos, pero con el propósito explícito de “acercar la cultura al pueblo”.

Toda institución tiene rasgos particulares y en cierta medida cada una actúa de manera autónoma de las demás instituciones. Sin embargo, no es totalmente independiente de los intereses y las circunstancias sociales, políticas, económicas o de las ideas circulantes de la época, ni de las variadas formaciones sociales con que se encuentra concatenada. Para mirar a la Universidad Popular Mexicana y los sujetos que participaron en ella me sirvo de la noción de *configuración* que propone Norbert Elias. Roger Chartier explica la *configuración* como toda aquella “formación social de tamaño variable [...], donde los individuos están relacionados unos con otros por un modo específico de dependencias recíprocas y cuya reproducción supone un equilibrio móvil de tensiones”.²

La Universidad Popular Mexicana fue un proyecto cultural que se originó a dos años del inicio de la revolución de 1910, en plena crisis del gobierno maderista, y que sobrevivió a la etapa armada y convencionista de la revolución mexicana. La Universidad

¹ Susana Quintanilla, “El Ateneo de la Juventud: trayectoria de una generación”. (México: Tesis de doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1990), p. 11

² Citado por Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. (Barcelona: Gedisa, 1992), p. 88.

comenzó sus trabajos el 24 de octubre de 1912, constituyéndose legalmente como una institución dependiente del Ateneo de México. Terminó sus actividades en el transcurso de 1920, al inicio del periodo del gobierno de transición que allanó paso a la presidencia de México a Álvaro Obregón y al exateneísta José Vasconcelos quien en la década de los años veinte se convertiría en figura importante de la escena educativa y cultural del país.

La institución que precedió a la Universidad Popular Mexicana fue el Ateneo de la Juventud, después denominado Ateneo de México. El Ateneo se constituyó en 1909 como una sociedad civil, y desde ella, sus miembros dictaron conferencias, ofrecieron recitales poéticos y organizaron conciertos dirigidos a públicos que sus propios participantes denominaron “doctos”. Para 1910 algunos de los socios colaboraron en los preparativos de los festejos del centenario de la independencia de México. Sus participantes fueron en su mayoría intelectuales que intervinieron de diferentes maneras y en distintos momentos en la vida cultural, política y educativa del país. Entre la larga lista de socios del Ateneo se podían encontrar los nombres de los mexicanos: Antonio Caso, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes, Alfonso Pruneda, Alba Herrera y Ogazón, Alberto J. Pani, Julio Torri, Vicente Lombardo Toledano; el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el español Pedro González Blanco. Todos ellos participaron ya sea como idearios, fundadores, directores y/o profesores de la Universidad Popular Mexicana.

Las relaciones entre los individuos que participaron en la Universidad Popular estuvieron cruzadas por las diferentes posiciones sociales, políticas, económicas y educativas que permanecieron desde el régimen de Porfirio Díaz y que emergieron durante y después de la revolución mexicana. Estas relaciones respondieron a intereses de los grupos y/o de los individuos particulares que intervinieron en algún momento de la vida de la Universidad. Por esto entiendo a la Universidad Popular como un escenario institucional. Lewis A. Coser afirma que “los escenarios institucionales son importantes, no sólo como mediadores del contacto, directo o indirecto, entre los intelectuales y su público, [... sino como] escenarios [que] pueden erigir fronteras entre grupos de intelectuales y el mundo de los legos [, al tiempo que permiten] la separación y la diferenciación y constituyen un escudo contra la observación”.³ Además, considero que las instituciones son espacios clave que nos permiten mirar la relación entre diferentes sectores sociales, como: obreros, empresarios, empleados, funcionarios, intelectuales, estudiantes, políticos, académicos, artistas, trabajadoras domésticas y damas de la “alta sociedad”.

Del coro de voces participantes en la institución, analizo las *voces escritas* de los intelectuales, académicos, escritores, artistas, periodistas y todos aquellos responsables de organizar actividades, presentar conferencias o conciertos y de redactar artículos periodísticos, panfletos y boletines que dieron cuenta de la vida de la Universidad. Los documentos escritos no sólo dan cuenta de las actividades desarrolladas por la institución, también nos hablan de las concepciones que sus autores tenían sobre el mundo y su realidad. Nos hablan de las ideas que estos autores tenían de sí mismos y de los otros, específicamente de los obreros y los sectores marginados económica y socialmente (los empleados y pobres –mujeres y hombres-) de la Ciudad de México.

³ Lewis A. Coser, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. (México: FCE, 1980), p. 23.

II. Representaciones

Si entendemos al lenguaje a la manera de Roger Chartier, o sea, en su funcionamiento mismo, en sus figuras y sus acuerdos, como una significación que se construye y desde la cual la ‘realidad’ es producida, entonces podemos dejar de lado la idea de lenguaje como la expresión transparente de una realidad exterior o de un sentido dado previamente.⁴ Para el caso que nos ocupa, analizando la forma en que las *voces escritas* enunciaron a los obreros y a los grupos marginales se puede ver cómo las elites intelectuales, los funcionarios de gobierno, los empresarios y académicos otorgaron un lugar a estos individuos dentro del entramado social.

En el prólogo al folleto *La Universidad Popular Mexicana y sus primeras labores*, publicado en 1913,⁵ la misión de la institución fue descrita de la siguiente manera:

“La escuela primaria no puede satisfacer las necesidades espirituales de ningún hombre actual. Para colmar este anhelo de mayor cultura, los privilegiados de la sociedad cuentan con escuelas superiores y profesionales. Mas los no privilegiados, que forman el pueblo, como tienen que atender de preferencia al diario sustento, no van a la escuela. Si el pueblo no puede ir a la escuela, la escuela debe ir al pueblo. Esto es la Universidad Popular: la escuela que ha abierto sus puertas y derramado por las calles a sus profesores para que vayan a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros de agrupación. [...]. Porque es fuerza apresurarse: la verdad es grande y la vida es breve. Por manera que la Universidad Popular, en razón de su *multiformidad* misma, de su elasticidad y amplitud, es la más adecuada para responder a las necesidades del pueblo, para auscultar en todo momento su corazón y para someterle, -según clásica expresión, - los *Remedios del Alma*.- [...]”

Aquí se observan los deseos de los miembros de la institución por llevar los *remedios del alma* al “pueblo”, pero también se encuentran las ideas compartidas por un grupo conformado por intelectuales, académicos y todos aquellos que debatieron y materializaron la idea de la Universidad Popular. En este texto, individuos particulares son nombrados y catalogados dentro de un grupo: “el pueblo”. Esta enunciación homogeneizó sujetos y generalizó “sus males”. Los obreros son enunciados como una clase, como los “no privilegiados” de la sociedad, como sujetos necesitados de algo que no queda totalmente claro, pero que suponen: “anhelo de mayor cultura”, aspiración de contar con tiempo, deseos de conocer “la verdad”. Bajo este discurso, el carácter “popular” de las actividades ofrecidas por la Universidad, (lo popular referido al pueblo) era idóneo para ofrecer a esa masa los conocimientos y elementos modernizadores y civilizadores que las elites y la clase media mexicana imaginaban a partir de sus apropiaciones de la idea de occidente. Desde esta construcción de la imagen de la masa homogénea identificada como el “pueblo,” los sujetos marginados aspiraban y deseaban a partir de deseos construidos por las elites y las clases medias de la Ciudad de México.

⁴ Roger Chartier, *Op. Cit.* Introducción. p. IV

⁵ Aun cuando este prólogo no está firmado, probablemente fue elaborado por Alfonso Reyes, ya que en escritos redactados posteriormente por este intelectual se encuentran fragmentos del contenido del mismo con algunas variaciones

Alfonso Pruneda, rector de la Universidad escribió, pronunció y publicó anualmente un discurso sobre las actividades de desarrolladas por la institución. Llama la atención su primer informe dictado a un año del inicio de labores en el que menciona:

“Sinceramente creemos que el Ateneo de México a dado un paso muy serio en pro de la educación de muchos gremios obreros [...] Esperamos que las clases dictadas y principalmente favorecidas por la nueva institución demuestren con su entusiasmo que no en vano hay quien se ocupe en poner a su alcance los medios de elevar su nivel moral, intelectual y social”.⁶

El “pueblo” fue representado como un ente desposeído de todo: lo material, moral, intelectual, social y cultural. Las actividades ofrecidas por parte de la Universidad Popular fueron dirigidas a esa “masa homogénea” que era enunciada como “pueblo” por los participantes de la institución, pero que también fue catalogada así por intelectuales, funcionarios, empresarios y todos aquellos que por sus posicionamientos dentro del entramado social contaban con poder.

Las enunciaciones son productoras de lo social puesto que las *voces escritas* enuncian los desgloses y clasificaciones que se mantuvieron y fueron decantando en las posteriores concepciones de estos grupos, de sus necesidades, faltas y deseos. De las enunciaciones de estos grupos es que las *voces autorizadas* contribuyeron a la creación de lo social. Pierre Bourdieu considera al lenguaje no solamente como un instrumento de comunicación o de conocimiento, sino también como un instrumento de poder. Una persona habla o escribe no solo para ser entendida, sino también para ser obedecida, respetada, distinguida y creída. Si entendemos al mundo social, y dentro de este incluyo al mundo escrito, como un sistema de intercambios simbólicos, toda relación de conocimiento y/o comunicación es una relación de poder y “las relaciones culturales pueden operar como relaciones de poder justamente porque en ellas se realiza la comunicación entre los miembros de una sociedad y el conocimiento de lo real”.⁷ Entender a las *voces escritas* como poder nos lleva también a pensar en la autoridad que representa el autor de un texto, o más precisamente: el halo de autoridad que rodea a un discurso por el simple hecho de ser enunciado por un autor que ocupa un lugar de reconocimiento en la sociedad. En ¿Qué es un autor?, Michael Foucault explica que: “El nombre del autor sirve para caracterizar cierto modo de ser del discurso, el hecho que el discurso [ya sea escrito o verbal] tenga el nombre de un autor y que alguien pueda decir ‘esto fue escrito por este o aquel autor’, muestra que este no es un discurso ordinario de la vida cotidiana [...], no es algo inmediatamente consumible. Por el contrario, este discurso debe ser recibido de cierta manera y dentro de una cultura determinada le será otorgado cierto estatus”.⁸ La recepción del contenido de las conferencias dictadas en la Universidad era diferente y relacionada con el público: su estatus económico, académico y social dentro del dentro del entramado social; con la forma en que el autor-orador se presentaba ante el público, ya fuera como médico, arquitecto, filósofo, escritor o abogado; y por la autoridad del orador el campo de conocimiento bajo el cual construía y presentaba su discurso. Un discurso no tiene impacto en los otros sólo por lo que dice, sino por quién lo dice, cómo lo dice y desde dónde lo dice.

Hay que entender que los *sujetos autorizados* para emitir discursos sobre los obreros y los grupos marginados de la Ciudad de México, no siempre tuvieron un referente

⁶ *La Universidad Popular Mexicana y sus primeras labores*. (México: Imprenta Escalante, 1913), p. 5.

⁷ García Canclini, en la introducción a la *Sociología de la Cultura* de Pierre Bourdieu (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Grijalbo, 1990), p. 40

⁸ Michael Foucault. “What is an Author”, *Art in Theory: 1900-1990*. (Oxford: Blackwell, 1997), Pp. 923-928

material. En muchos casos las ideas expresadas sobre estos grupos respondían más a los imaginarios que los *sujetos autorizados* tenían y a lo que deseaban de esos sectores. Finalmente al nombrar al Otro se diferenciaban de él, al tiempo que jerarquizaban su posición dentro del entramado social con respecto a los Otros; a ese Otro que ubicaban como obrero y/o pobre. Muchas de las enunciaciones emitidas por estos grupos de poder posicionaron al Otro como un *sujeto en falta*: o sea, sujetos sin educación, sin moral, sin higiene, sin cultura y sin salud. La práctica de desposeer a los sujetos a través del no-reconocimiento de contar con cultura, moral y prácticas propias de expresión de éstas, es identificada por Gesa Mackenthun en *Metaphors of Dispossession* como una práctica colonizante. Esta autora afirma que entre otros discursos contruidos por “los promotores del colonialismo [estaban aquellos que] declararon que los indígenas eran “vagabundos” sin ningún derecho de posesión con el propósito de formular la idea de América como un domicilio vacante [...]”.⁹ La noción de *domicilio vacante* permitió a los colonizadores entrar en territorios de otros y justificar sus acciones bajo la idea de que los individuos que “rondaban” esos lugares no tenían lugar fijo, no tenían propiedad sobre la tierra, no tenían “civilización”, desposeyéndolos de cualquier elemento cultural o material. Si alguien no posee, no permanece, no tiene cultura, moral, higiene, bienes materiales y formas de occidente, entonces no tiene “nada”. El proceso consiste en desposeer al sujeto, al grupo, a la comunidad de sus elementos, expresiones y formas culturales, sociales, políticas y económicas, para después ubicarlo como *sujeto en falta*, aquel que no tiene nada y al que hay que darle todo.

Uno de los últimos esfuerzos que la Universidad Popular hizo para continuar con sus trabajos fue la publicación del *Primer Almanaque*, probablemente utilizando parte del apoyo económico brindado por el gobierno. El *Primer Almanaque de la Universidad Popular Mexicana* (y el único) fue “[...] editado con la mira de divulgar ‘conocimientos útiles’. De higiene y de civismo. Para que la primera se extienda entre nosotros, para que el segundo aliente entre los mexicanos”.¹⁰ Utilizando la historieta (*cómic*) con la intención de iniciar cada mes tema. La publicación expuso temas sobre el piojo, el ejercicio físico, los héroes, el aire libre y el aire confinado, los alimentos, el alcoholismo, la mosca, el sarampión, la escarlatina, la viruela, el cuidado de los ojos, lo que supone cierto nivel de alfabetización de los sectores populares y demuestra que para 1919 continuaba la preocupación de los miembros de la institución tenían desde 1912 por higienizar y moralizar a los obreros.¹¹

Así pues, formar a ciudadanos para el estado nacional moderno era la pretensión de las elites intelectuales participantes en la Universidad Popular, aunque no tuvieran consenso sobre qué significaba ser moderno y nacional. En un país que continuaba reciclando en muchos espacios sociales las formas del porfiriato, en medio de una revolución civil y con el anhelo nada claro de un México moderno y nacional (orden y progreso), los integrantes de la Universidad pretendían formar a los obreros y sectores marginados para que fueran

⁹ Gesa Mackenthun. *Metaphors of Dispossession. American Beginning and the Translation of Empire, 1492-1637*. (Norman y Londres: University of Oklahoma Press, 1997), p. 8

¹⁰ Fernando Curiel. *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)* (México: UNAM, 1998), p. 390.

¹¹ Fernando Curiel en *La revuelta* hace referencia al *Primer Almanaque de la Universidad Popular Mexicana*, editado en 1919 por la Imprenta Victoria, las notas sobre la publicación son sacadas de ese texto.

ciudadanos de este México imaginario. En 1913, en el primer documento publicado por la institución, uno de sus idearios escribió:

“No es, pues, la Universidad Popular una escuela técnica, sino que es, propiamente, la escuela para ciudadanos. Para ciudadanos, entendiéndolo bien: para hombres y mujeres plenamente útiles a la sociedad”.

Aquellos que tuvieron poder para imprimir sus voces en papel o en espacios públicos en la primera década del siglo XX, estaban validados de cierta manera por posiciones sociales y desde allí construyeron imágenes acerca de qué era ser un obrero u obrera, y que era ser una mujer u hombre pobre en la Ciudad de México. Las construcciones fueron impresas, publicadas y leídas por otras gentes en posiciones de poder, y los obreros y pobres (que en aquel tiempo en México eran sinónimos) fueron representados por las voces de otros. Las representaciones creadas por un grupo social acerca de otro grupo social contribuyeron a la construcción de un discurso particular sobre cómo entender y ver a los obreros y pobres, y desde allí entender sus supuestas necesidades. Podemos pensar que estas representaciones también contribuyeron a la autoconstrucción de lo que significaba ser obrero o pobre en la Ciudad de México.

III. Políticas culturales

El exateneísta José Vasconcelos regresó a México en 1920 después de que partiera al exilio a Estados Unidos en los primeros meses de 1915. A su regreso le fue otorgada la jefatura del Departamento Universitario y de Bellas Artes, bajo el cual también debía desempeñarse como rector de la Universidad Nacional de México. Este puesto lo asumió bajo el gobierno interino de Adolfo de la Huerta los primeros días de junio de 1920. Vasconcelos desempeñó el cargo siempre con miras a construir y dirigir un ministerio de educación el cual fue conformado como Secretaría de Educación Pública un año después de su llegada a la Ciudad de México.¹²

Para José Vasconcelos y todos aquellos que se alimentaron de su discurso de toma de posesión, lo que tenían al frente eran un “montón de ruinas”.¹³ Esta forma de nombrar al pasado fue hecha por Vasconcelos en el discurso de toma de posesión como jefe del Departamento Universitario. A través de ésta enunciación del pasado no solamente deslegitimó los esfuerzos anteriores en el campo educativo cultural, sino que con este acto simbólico de enunciación demostró su necesidad de “superar” el pasado. Para la elite intelectual que tomaba posesión de puestos oficiales de poder, todo estaba por hacerse. En su discurso Vasconcelos desconoció el trabajo desarrollado desde 1912 por la Universidad Popular Mexicana, así como el de otras instituciones culturales surgidas en 1917, no nombró a ninguna de ellas y de esta manera las negó. Su discurso fue de crítica, pero sobre todo de deslegitimación del pasado, posicionándose a sí mismo como sujeto fundante de la educación y la cultura de un nuevo régimen y ubicando a quienes lo acompañaron en las actividades impulsadas como participantes activos del “origen de una nueva nación”. El eco de sus palabras y las acciones que desarrolló han contribuido en muchos casos a que la historiografía de la educación le otorgue el lugar del *héroe mítico*, con un proyecto educativo totalmente definido desde el inicio de sus funciones. “Así, el ‘renacimiento

¹² Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*. (México: UNAM, 1989), p. 21.

¹³ José Vasconcelos, *El Ulises Criollo. Memorias* (México: FCE, 1993), p. 57.

cultural' de los años 20 queda como un triunfo más del gobierno de Obregón y no como lo que fue: el desenlace de un largo proceso originado desde finales del siglo XIX, en el cual participaron personalidades de las más diversas tendencias [...].¹⁴ Dicho desenlace fue concatenándose con el nuevo juego social que exigió un reposicionamiento por parte de los actores del “pasado” que contribuyeron a la configuración de un nuevo escenario.

La mayoría de las actividades desarrolladas desde los departamentos y direcciones creados por el rector José Vasconcelos y algunos de sus sucesores tuvieron como objetivo vincular a la universidad con el “pueblo” y “elevantar” la cultura de éste. En diversos proyectos culturales desarrollados después de 1920 se pueden reconocer enunciaciones que por su forma y estilo fueron generadas o reproducidas a partir del discurso de la Universidad Popular Mexicana. Las políticas educativas y culturales puestas en marcha desde el ámbito oficial a partir de 1920 y hasta la renuncia de José Vasconcelos al Ministerio de Educación en 1924 evocan ciertos gestos y estilos de la Universidad Popular; por ejemplo, fue desde el proyecto de las bibliotecas populares, encargado a Julio Torri (entonces jefe del Departamento Editorial), desde donde en 1921 se empezaría a publicar la revista *El Maestro* con temas dirigidos “[...] por igual al obrero que al explotador de la tierra, al campesino que al industrial”.¹⁵ Los temas y forma de tratamiento de la revista recuerdan las publicaciones del *Boletín de la Universidad Popular Mexicana*. En un caso similar se encuentra la creación del Departamento de Extensión Universitaria que en 1922 llevaron a cabo el secretario de educación José Vasconcelos y el rector de la Universidad Nacional, Antonio Caso.

Los gestos de la Universidad Popular trascienden la gestión del “maestro de América”, José Vasconcelos y el cenáculo de intelectuales que desde 1909 y hasta los primeros años de los veinte participaron en la vida política, educativa y cultural del país.¹⁶ En diciembre de 1924 Alfonso Pruneda, quien fuera el “eterno” rector de la Universidad Popular, asumió la rectoría de la Universidad Nacional. Guadalupe Pérez San Vicente (1979) en su trabajo sobre *La extensión universitaria* menciona que años después de su gestión, Alfonso Pruneda recordaría en su biografía que:

“Con la experiencia de la Universidad Popular, cuando el suscrito disfrutó el honor de ser rector de la Universidad Nacional de 1924 a 1928, estableció en ésta el Departamento de Extensión Universitaria, con un programa semejante, pero por supuesto adaptado a las circunstancias. El personal del Departamento era reducido; pero para el desarrollo del programa pudo contarse en general con la colaboración gratuita y desinteresada de muchos profesores y estudiantes de las distintas instituciones universitarias”.¹⁷

Las actividades que ofreció este Departamento estuvieron organizadas en brigadas universitarias (excursiones y pláticas populares), mejoramiento sanitario, bufete gratuito, consultas técnicas, higiene personal y pública, instrucción cívica, docencia extraescolar: museos, exposiciones artísticas, conferencias (con temas sobre: sociología, psicología, literatura castellana internacional y nacional, higiene e historia), debates y conversaciones, cooperación social, relación social, fomento cultural, difusión de conferencias en

¹⁴ Susana Quintanilla, *Op. Cit.* p. 11

¹⁵ Fernando Curiel, *Op. cit.* p. 388.

¹⁶ Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso, entre otros.

¹⁷ Citado por Guadalupe Pérez San Vicente, *La extensión universitaria. Notas para su historia..* (México: UNAM, 1979), p. 66.

reproducciones mimeografiadas, intercambio universitario y servicio social hacia “los desposeídos culturales”.¹⁸ Cualquier parecido con los Estatutos de la Universidad Popular Mexicana, y con las actividades desarrolladas por esa institución cultural puede ser todo, menos una coincidencia.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes Primarias:

Boletín de la Universidad Popular Mexicana. Tomo I, Núm.1, 2 y 8 (mayo, junio y diciembre). México: imprenta Victoria, 1915.

_____ Tomo III. México, imprenta Victoria, 1917.

Pruneda, Alfonso. *La Universidad Popular Mexicana en el segundo año de sus labores (1913-1914)*. México: imprenta Stephan y Torres, 1915.

La Universidad Popular Mexicana y sus primeras labores. México: Imprenta Escalante, 1913.

La Universidad Popular Mexicana en el segundo año de sus labores (1913-1914). Informe del doctor Alfonso Pruneda, rector de la institución. México: imprenta Stephan y Torres, 1915.

Vasconcelos, José. *El Ulises Criollo. Memorias*. Tomo I. México: FCE, 1993.

Fuentes Secundarias:

Curiel, Fernando. *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. México: UNAM, 1998.

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural: entra práctica y representación*. Barcelona: Gedisa, 1992.

Bourdieu, Pierre. “The economics of linguistic exchanges” en *Language and Symbolic Power*. Cambridge: Polity en coordinación con Basil Blackwell, 1991.

Fell, Claude. *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*. México: UNAM, 1989.

¹⁸ *Ibidem*. pp. 66-69

Foucault, Michael. "What is an Author", *Art in Theory: 1900-1990*. Oxford: Blackwell 1997.

García, Canclini, en la introducción a la *Sociología de la Cultura* de Pierre Bourdieu Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Grijalbo: México, 1990.

Garciadiego, Javier. *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*. México: El Colegio de México y UNAM, 1996.

Heinich, Nathalie, *Norbert Elias. Historia y cultura en Occidente*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1997.

Coser, Lewis A. *Hombres de ideas*. México: FCE, 1980.

Gesa, Mackenthun. *Metaphors of Dispossession. American Beginning and the Translation of Empire, 1492-1637*. Norman y Londres: University of Oklahoma Press, 1997.

Pérez San Vicente, Guadalupe *La extensión universitaria. Notas para su historia..* México: UNAM, 1979.

Quintanilla, Susana, "El Ateneo de la Juventud: trayectoria de una generación". Tesis de doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras. UNAM. México, 1990.